

José Israel Carranza:

(Guadalajara, 1972). Ensayista, narrador y periodista. Es autor de los libros *Cerrado las veinticuatro horas* (Universidad de Guadalajara/Ediciones Arlequín, 2003), *La estrella portátil* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1997), *La sonrisa de Isabella y otras conjeturas* (Premio Nacional de Literatura Salvador Gallardo Dávalos, Instituto Cultural de Aguascalientes, 1995) y *Las magias inútiles* (Universidad de Guadalajara, 1993). En 2005 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Carlos Echánove Trujillo, en Mérida, Yucatán, con el libro *Las encías de la azafata* (Tumbona Ediciones / Universidad de Guadalajara, 2010), y en 2006 ganó el Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo, en Ciudad Obregón, Sonora, con el libro *Si esa lluvia llega va a destruir la ciudad* (Instituto Sonorense de Cultura, 2007). Ha sido becario, en tres ocasiones, del Sistema de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA). Coordina los talleres de ensayo literario en la librería José Luis Martínez del FCE, y es profesor del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), así como editor de la revista *Luvina*, de la Universidad de Guadalajara, coeditor de la revista *Magis*, del ITESO, y columnista del diario *Mural*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA).

<http://azotecarranza.blogspot.com>

azotecarranza@yahoo.com

Producto tóxico

Por poco razonable que le parezca, avéngase al optimismo indispensable y despache rápido la tarea. Los dedos de una mano pueden servir, o los de ambas, ya puestos a derrochar la confianza en que la vida le alcanzará y en que, además, estará en condiciones de responder. Formule de una vez las preguntas más serias que se hará en un futuro preciso —para eso los dedos: uno por cada pregunta, un año por dedo. Dónde estoy, qué me sobra, tengo miedo, cuándo quiero que se acabe. Por ejemplo. Un árbol ha podido estallar cuando usted pasaba debajo de él, pero semejante pirotecnia habrá sido del todo infértil ante su desatención pasmosa. Claro: usted podrá, ahora mismo, dar explicación del ensimismamiento que lo conducía, y quizás hasta se lamenta sinceramente por habérselo perdido; pero así llegue a aducir una justificación cabal —cosa improbable—, no tendrá modo de reparar el desperdicio, ni aun cuando vuelva sobre sus pasos en busca de los rescoldos que queden (era un tabachín, fíjese, y no vamos a decirle dónde estaba). ¿Cuántas preguntas lleva? A ver si le sirven estos ejemplos: ya lo he dicho, sigo creyendo en esto, quién está en el espejo. Dónde están —que es terrible. Qué hay para cenar, es momento. Falta un dedo. ¿Decidió ya el orden en que las hará? De aquí a un año, de aquí a dos: el pulgar de la izquierda, luego el índice, y así hasta llegar al meñique de la derecha. Aguarde: ¿vio que aún no es de noche y una media luna se dibuja nítidamente en la luz violácea del cielo? Si quiere, alce la vista y véala: ya es hora de levantarse y la lista de cualquier modo sigue incompleta. Además: ¿se ha fijado en eso que trae estampada la cajetilla de cigarros que está a punto de guardarse en el bolsillo del saco? Es una rata muerta.